

Presentación

EDUARDO BELLO

Aniversario, celebración, evocación. ¿Qué nos queda de Sartre hoy? Ante todo una idea, una palabra: *libertad*, de evidente resonancia moral además de política y social. Así lo han expresado algunos de los mejores conocedores de su obra: Michel Contat, *Sartre. L'invention de la liberté* (Paris, 2005), J. L. Rodríguez, *Sartre. La pasión por la libertad* (Barcelona, 2004), Juliette Simont, *J.P. Sartre. Un demi-siècle de liberté* (Bruselas, 1998). Brotó como una fuente luminosa a mitad del siglo de las sombras, el siglo XX. «Es preciso escribir para la propia época», declara Sartre en 1946. Tres años antes, en plena Guerra Mundial, en la época de totalitarismos y fanatismos, Sartre encendía una antorcha que como fuego sagrado prendía en las generaciones de la postguerra: de 1958 es la conferencia de I. Berlin, *Two concepts of liberty*, aumentada y reeditada diez años más tarde, y en 1965 publica R. Aron *Essai sur les libertés*; decenios después insiste F. Savater en *El valor de elegir* (2003). Sartre describe para su época, en forma de novela, *Los caminos de la libertad*, argumenta en *El ser y la nada* que el hombre no es sino libertad, representa en *Las moscas* la idea de la que ha de tomar conciencia el ser humano: «¡soy mi libertad!» (Orestes). «Tengo que abrirles los ojos», añade —a las gentes de Argos, a los franceses bajo la ocupación, a todo aquel que no puede vivir bajo el zumbido de las moscas—: «son libres y la vida humana comienza del otro lado de la desesperación». Contra la desesperación, contra la ocupación, contra la dominación y la opresión luchó con la pluma y con la acción.

La figura del intelectual comprometido ha construido en Jean-Paul Sartre un arquetipo difícil de repetir, pese a las injustas acusaciones. Desde la creación de un grupo de Resistencia en 1941 a la presidencia del Tribunal Russell que condenó los crímenes de guerra de la política americana en Vietnam, desde la defensa de Israel contra el antisemitismo al mitin en el que denuncia la matanza de palestinos por el rey Hussein de Jordania, desde la condena de la invasión soviética de Hungría a del proceso de Burgos, desde la crítica del colonialismo a la de genocidios y formas de marginación, no dejó Sartre de acercarse cada vez más a la vida concreta y efectiva, a la historia social, con el fin de reivindicar la libertad de los individuos y de los pueblos, la libertad del ciudadano y del sujeto moral. Pese a la complejidad de las opciones, va dejando atrás un idealismo injustificable para dar paso al compromiso no sólo con el arte de escribir y el pensamiento, sino sobre todo con la causa de los más débiles. La imagen de Sartre distribuyendo el diario *La Cause du Peuple* en el centro de París es altamente significativa. Expresa su nueva idea del intelectual comprometido, su nueva perspectiva moral, dada la imposibilidad de fundar ésta sobre el individualismo radical de *El ser y la nada*. De ahí el estudio inacabado *Cahiers pour une morale*. Es preciso, ahora, que los hombres organicen su coexistencia sobre la doble base de la ciudad de los fines y de las estructuras materiales, previo análisis de la *situación* histórica y social (F. Scanzio). Es preciso adoptar como idea reguladora el punto de vista de los oprimidos. Es preciso ampliar el

horizonte teórico de la idea primera de libertad: «No puedo tomar mi libertad como fin, si no tomo igualmente la de los otros como fin».

Aunque Sartre no termina su «Moral», mantiene la intención de retomar el manuscrito, una vez terminado el estudio sobre Flaubert. Y es que, como confiesa en la *Lettre-Préface* al libro de F. Jean-son, el problema moral constituye el problema central de su pensamiento. Tal vez por ello, gran parte de los trabajos que han llegado, sin un plan previo, para evocar el centenario de su nacimiento, ponen énfasis en esta perspectiva central: *Sartre, filósofo moral*. Así, J. Simont vincula el problema moral al análisis de lo que significa humanismo en la época de formas inhumanas de existencia. C. Amorós y E. Bello presentan respectivamente el diálogo que Sartre mantiene que con Kant y con Nietzsche acerca del problema moral. Ahora bien, dado que nos dejó inacabado el manuscrito, ¿cabe hablar de fracaso del proyecto sartreano de construir una filosofía moral?, se pregunta J. M. Aragüés. En cualquier caso, ¿por qué Sartre no terminó su 'Moral'?, silencioso interrogante que explora F. Scanzio con acierto y lucidez.

Los trabajos de la segunda sección ofrecen diferentes *contrastes* y *perspectivas* de la obra de Sartre. Contrastes con filósofos de la generación que siguió a la suya, mirándose en el espejo 'Sartre' que les había reflejado al menos un rayo de luz, pero ¿sin reconocerse?, como Foucault y Deleuze: en un clarividente ensayo se dibuja una oposición tergiversada (P. Verstraeten), en el otro se ensaya una aproximación (J. L. Rodríguez). Más compleja es la relación Sartre-Lacan, esto es, el problema de la constitución del sujeto libre en el orden simbólico desde la perspectiva de la alteridad: tal es el difícil estudio que lleva a acabo S. Vasallo, con evidente resonancia en la actualidad. Pero, ¿hay algo más actual que la novela de ideas de Michel Houellebecq, declarado ya sucesor de Malraux, Sartre, Camus? V. von Wroblewsky estudia las coincidencias y divergencias entre Sartre y Houellebecq a partir de sus primeras novelas. Actual sigue siendo también lo que nos recuerda la memoria: ¿por qué Sartre no comprendió a tiempo la esencia totalitaria del régimen comunista? E. Molina proporciona una respuesta desde la perspectiva de Claude Lefort y Merleau-Ponty. Al distinguir éste, pese a todo, entre el problema comunista y el problema marxista, abría dos líneas concretas de investigación. Sobre la segunda escribió Sartre la *Crítica de la razón dialéctica*; pero como observa M. R. Zurro en su ensayo, se diría que se trata de una obra todavía por descubrir. Pensar el problema de la *escasez* es comenzar a pensar que otro mundo es posible, pero en modo alguno el del orden neoliberal global.

Ciertamente, no son todas las perspectivas y contrastes que resuenan en la obra de Sartre, filósofo y escritor, novelista, dramaturgo y ensayista crítico. Ni siquiera todo lo que se puede decir sobre su investigación del problema moral. Conciencia crítica de un tiempo sombrío, el pensamiento de Sartre no es ni más ni menos complejo que su propia época. Fundó el existencialismo sobre el concepto de libertad humana, apoyó de corazón a la izquierda comunista o maoísta, es decir, la causa de los menos aventajados, se aproximó críticamente al marxismo, porque se trataba de recuperar la existencia *humana*. Y si rectificar es de sabios, la sabiduría de Sartre es más reconocible que la de personajes de la época como Pío XII y Heidegger. En 1972, un año antes de su ceguera física, declaraba Sartre a M. Rybalka: la *Critique* es una obra, sin duda, contra los comunistas; difícilmente marxista a causa de mi idea de la libertad. Si pudiera elegir, prefiero la etiqueta 'existencialista'. Y si desde hace poco utilizo el término 'libertario', es «porque me gusta evocar los orígenes un poco anarquistas de mi pensamiento. Siempre he estado de acuerdo con los anarquistas, pues son los únicos que han concebido al hombre de una manera completa, en proceso de constitución a través de la acción social, y cuyo carácter principal es la libertad» (*Jean-Paul Sartre, la conscience de son temps*, «Magazine littéraire», 7, 2005: hors-serie).